

Sábado. Por fin es sábado. Diez de la mañana y los niños todavía sin desayunar. Ya no sé qué hacer. Siempre me han encantado los sábados. Levantarte y dejarte llevar por el aire mañanero al ventilar, estar con la familia sin prisas, pasear, disfrutar del campo... Cuando era pequeña, deseaba que llegara la hora de la comida en los días como hoy porque íbamos a visitar a mi abuela y hacía unos platos deliciosos. Bueno, como iba diciendo, los niños están siempre alborotando. No paran y “que si mamá esto” “que si mamá lo otro”...No me dejan respirar. Hoy no es un sábado cualquiera. Es un día muy especial. Es el día de la fiesta en el pueblo de mi abuela.

La verdad es que mi abuela y yo siempre hemos estado muy unidas. ¡¡Además siempre nos han sacado parecido!! La quiero demasiado. Yo no sé qué haría sin mi abuela. No tendría a nadie que me hiciera sonreír. A veces dicen que la relación entre abuelos y nietos es lejana. Y nosotras estamos lejos la una de la otra pero solo físicamente, porque nuestros corazones siempre están cerca. Yo estoy muy orgullosa de mi abuela por todo lo que ha superado, cómo se ha enfrentado a la vida ¡con la de obstáculos que le ha puesto! Es injusto que le pasen cosas malas a la gente que solo se merece lo mejor.

Un sábado cualquiera, en mi infancia, llegábamos a la casa de mi yaya y, nada más aparcar el coche, yo subía las escaleras como si no hubiera un mañana, para que cuando ella abriera la puerta de su piso me viera con la mejor sonrisa del mundo. Entrar a la casa de mi yaya, era entrar en mi casa. Y es que mi abuela es la abuela que todo el mundo querría tener. Es encantadora, te sabe escuchar, te ayuda hasta cuando se encuentra mal... Yo creo que entre mi abuela y yo hay como una especie de magia especial que nos hace llevarnos bien. No podemos estar enfadadas, por lo menos por mi parte. Cuando me enfado con ella, lo siento mucho y siempre intento darle la razón porque si no, no me puedo dormir ese día.

Pero ya he dicho que hoy no es un sábado cualquiera. Intento elegir un vestido para Elena y unos pantalones para Ismael. Es muy difícil buscar tranquila con ellos alrededor. Me encantaría que fueran en colores púrpura y tonos claros de marrón. Mi abuela, cuando los vea, se los comerá a besos y además presumirá de compañía, como cuando iba con nosotras.

Ya estamos montados en el coche. Me encanta bajar la ventanilla y sentir el olor cuando nos vamos acercando al Moncayo. Los recuerdos de mi infancia pasan por mi memoria cuando hace veinte años, el mismo día que hoy, sentía la misma ilusión que siento ahora.

Ya estamos llegando. Es gracioso porque mi abuela tiene un balcón en el salón y tanto cuando nos vamos como cuando llegamos con el coche siempre sale para saludarnos con la mano. Mi tía parece que nos espera en la cochera. Nos saluda a todos. También ha llegado mi hermana. Y mis padres, que siempre han querido que esta tradición se siga haciendo. En eso tengo mucha suerte. Son las once y media de la mañana. Solo queda media hora para pasar debajo de la Virgen.

Me encanta recordar esos momentos, cuando mi abuela me cogía del brazo y se apoyaba en mí hasta llegar a la plaza. Era muy gracioso porque hacíamos turnos mi hermana y yo para nunca dejar a mi yaya sola. A mi abuela en este día tan especial le encantaba llevar tacones. Con su abrigo de piel, su vestido y un broche para adornarlo. Estaba espectacular. Ahora sigue estando estupenda, aunque con algunas arrugas de más. Es única.

También me acuerdo cuando en fiestas nos quedábamos a dormir en su casa. A mí me encantaba, porque a la mañana siguiente siempre para desayunar la abuela nos hacía tortas de sartén o torrijas. ¡¡¡Estaban deliciosas!!! Y luego salíamos a tomar el aperitivo y nos sentábamos en una terraza al sol. Había años que en el día de la Virgen, mi abuela estaba en el puesto de Cruz Roja, ayudando a recaudar fondos, con su hermana o con sus amigas. Es que mi abuela siempre ha sido una persona muy activa. Le ha encantado ir de viaje con algunas personas del pueblo, o con mi tía o con nosotros. Ha llegado a estar en Suiza, en el Mont Saint Michel... Y varias veces en Benidorm. Me acuerdo que la última vez nos dijo que había estado en un salón de belleza. No le gustaba pintarse las uñas pero vino de ese viaje con las uñas pintadas. Y es que siempre le ha encantado ser turista. Disfrutaba mucho viendo y descubriendo lugares nuevos.

Yo ahora estoy un poco lejos de ella y sé que necesita que cada semana nos demos un abrazo y comernos a besos. Y yo también la echo mucho de menos porque es una unión tan bonita que me duele no tenerla cerca. A veces hacemos Skype y me tranquiliza verla, aunque no la pueda tocar. Juntas nos reímos mucho. Es una abuela diez.

Caminando hacia la plaza se oyen las campanadas y los gritos del ambiente. Conforme vamos llegando vemos cómo la Virgen va saliendo y los pétalos de rosa resbalan por su manto. Estoy inquieta, sigo teniendo los mismos nervios que cuando era pequeña. Pero esta vez me acompañan mis hijos. Ya nos están diciendo que tenemos que hacer la fila. Todo el mundo va muy elegante y la Virgen ya está muy cerca de mí. Uff es mi turno... Voy pensando en el deseo que quiero pedir. Estoy viendo cómo mis hijos pasan, mis sobrinos pasan, toda mi familia pasa, y al verlo me emociono. Son de esos sentimientos que los tienes que sentir para juzgar. En este momento solo pienso en mi abuela, lo mucho que merece la pena, la mujer más maravillosa del mundo. Mi deseo es que este momento se repita muchos, muchos años más.

MEGA